

CAPÍTULO 5: DE TIBIOS A CALIENTES

Publicanos y ramera irán al reino de los cielos, antes que “buenos” miembros de la iglesia, y muchos hijos del reino serán echados fuera (véase Mateo 21:31). En un sentido, la expresión “los hijos del reino”, se refiere a los que se han considerado parte del remanente, los que nacieron en la fe, los que pertenecen a la segunda, tercera y cuarta generaciones de adventistas, aquellos para quienes la religión no es sino una tradición. Muchos de los que aparentemente son primeros, serían los últimos en entrar en el reino de los cielos, si es que lo logran. Y viceversa, muchos de los que parecen ser los últimos, serán los primeros en entrar.

Consideremos siete de los principales descubrimientos o conocimientos de los hijos del reino, que rompen con su formalidad y su rutina para llegar al reino de los cielos.

¿Qué sucede realmente en las vidas, en la comprensión de los laodicenses que ya no son más tibios, sino que se sienten estimulados con las verdades del Evangelio?

UN SENTIDO DE NECESIDAD.

Nadie avanza de la simple posición de ocupar el bando cada semana, a la emoción y el dinamismo del evangelio, hasta que comprende su gran necesidad. Hago referencia a Mateo 9:10-13: “Y cuando Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron junto con Jesús y sus discípulos. Cuando los fariseos lo vieron, preguntaron a sus discípulos:

¿Por qué vuestro Maestro come con publicanos y pecadores? Al oírlo, Jesús les dijo: “Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no vine a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”.

Nadie se transforma de tibio en caliente, hasta que comprende su necesidad real. Nadie va al médico, a menos que se sienta enfermo.

¿Cómo llegamos a comprender nuestra gran necesidad? Tiene que suceder algo más, que el simple hecho de que una persona nos la señale. Tiene que surgir como resultado de nuestra propia experiencia personal, de nuestra comprensión de que la vida es demasiado importante para que la manejemos solos, sin Dios; algo más profundo que la rutina religiosa. Algunos demoran más que otros en llegar a esta conclusión. En realidad, es muy difícil que algunos lo logren verdaderamente. Es increíble que algunos tengamos que sufrir terribles golpes y heridas, antes que admitamos nuestra gran necesidad.

Bienaventurada la persona que comprende su gran necesidad, como resultado de que el amor de Dios ha sido enaltecido, y no llega a esa realidad mediante úlceras y noches de insomnio, y el deseo de saltar desde un puente. Una es la ruta interminable; la otra, el camino corto.

Feliz la persona que comprende su gran necesidad, como resultado de su estudio personal de la Biblia y de la oración, y no de vivir dependiendo de otros espiritualmente. No siempre contará usted, con alguien que esté constantemente enaltecido a Jesús en su presencia. No siempre parecerá que el amor de Dios está presente. La razón por la cual algunos se sienten a veces atraídos a Dios, y otros alejados de él, radica en que han estado dependiendo de otra persona para exaltarlo. Pero no siempre estaremos rodeados de predicadores.

Quisiera recordarles que Mateo, Marcos, Lucas y Juan lo exaltaron, Pablo también lo hizo. Si usted llega a comprender, que la ruta corta consiste en exaltar el amor de Jesús y el amor de Dios, podrá continuar su peregrinaje por el mundo, eliminando muchas úlceras y terribles noches de insomnio. Los que se destacan en exaltar a Jesús, lo aprendieron de la historia de Jesús. Allí

recibieron la inspiración, y con usted puede ocurrir lo mismo.

LA RELACIÓN

No importa si la persona es atraída a Dios mediante la exaltación de Jesús, o a través de su estado de total desesperación, el siguiente descubrimiento es aceptar que la salvación se basa en una relación con Dios, no en nuestra conducta. La Biblia dice: “Porque por gracia habéis sido salvados por la fe. Y esto no proviene de ustedes, sino que es el don de Dios. No por obras para que nadie se gloríe”. “Porque por las obras de la ley ninguno será justificado ante él”. Nuestra salvación no depende de lo que hacemos, sino de a QUIEN CONOCEMOS.

Este descubrimiento en particular ha conducido a algunos cristianos a suponer que sus buenas obras no tienen nada que ver con su salvación.

Después de 1888, A.T. Jones fue advertido de que no debiera decir que las obras no tienen nada que ver con la salvación. Por favor, note esta importante diferencia.

Nuestras buenas obras no son las causantes de nuestra salvación. Esta es la palabra que hace la diferencia. Nuestra salvación se debe totalmente al Señor Jesús, y a nuestra aceptación de su gracia, en virtud de nuestro trato con él. Cuando comenzamos a relacionarnos con Jesús, nuestros pecados son perdonados. A medida que seguimos relacionándonos, nuestra vida cristiana se desarrolla.

Si tomamos la posición contraria, y decimos que las malas obras no son las que causan la perdición de una persona, muchos, por lo menos en nuestra subcultura, se molestarían, puesto que eso parece contrario a las enseñanzas de nuestra iglesia. Pero entonces ¿no es correcto decir que nadie se perderá jamás por sus malas obras? La persona se perderá debido a que descuidó su búsqueda incesante del compañerismo, la comunión y la aceptación de Jesucristo. Las malas obras son simplemente un resultado. Notemos el importante énfasis en la palabra “causantes”. Nuestras malas obras no son las causantes de nuestra perdición, ni nuestras buenas obras las causantes de nuestra salvación. Lo determinante es nuestra relación con Dios. Esto es, cómo seguimos aceptando su gracia continuamente. La pregunta importante sería entonces:

¿Conoce usted a Dios? ¿Lo conoce como su amigo personal?

LA VIDA DEVOCIONAL

Esto nos lleva a la tercera revelación, que nos conduce de nuestra condición laodicense, a la emoción del Evangelio. ¿Cuál es la base de una buena relación? La comunicación. Eso lo sabemos. No es necesario consultar una enciclopedia para descubrirlo. La comunicación siempre es la base de cualquier buena relación personal.

¿En qué forma podemos hablar con Dios? ¿Cómo podemos escucharlo cuando nos habla? Mediante nuestra vida devocional: estudiando la Biblia, orando y comunicándonos diariamente con Él. Esta es la base de cualquier relación. Pero al llegar aquí, la atmósfera se calienta, porque algunos de los especialistas en justificación de hoy, dicen que la vida devocional no es sino salvación por obras. “Usted no se salvará por leer la Biblia”, dicen. “Usted se salva por su fe en Jesús”.

Reconocemos que nuestra vida devocional fácilmente puede convertirse en un sistema de obras. Puede convertirse en una de dos cosas, para la persona no convertida. Cuando un inconverso decide tener una vida de devoción y empieza a leer la Biblia y a orar, terminará yendo en una u otra dirección. O termina en completa frustración y perdición, o experimenta una regeneración, un nuevo nacimiento, una genuina conversión. Veamos el caso de la gente en los

días de Cristo. Él les dijo: “Ustedes escudriñan las Escrituras porque piensan que haciéndolo, van a obtener la vida eterna (justificación por devoción). Pero, dijo más, “ellas son las que dan testimonio de mí. Sin embargo, no quieren venir a mí, para que tengan vida”. (Juan 5: 39-40). La mecánica de la vida devocional no es un fin en sí misma, más bien es un medio para conocer a Jesús.

Antes de entrar en la mecánica del estudio de la Biblia y la oración, ¿Qué es lo que hace la diferencia entre un resultado positivo, y otro negativo? Jeremías tiene algo que decir en cuanto a esto: “Me buscaréis y me hallaréis, ¿cómo?, cuando me busquéis de todo vuestro corazón”. (Jeremías 29:13). Lo que hace la diferencia es el sentido de necesidad, necesidad personal de Dios, no de lo que hacen los demás.

Y éste es ciertamente un departamento que pertenece a Dios, Él está tratando de hacernos comprender esto constantemente, todos los días. Y no sólo al comienzo de la vida cristiana. Al despertar cada mañana es cuando verdaderamente necesitamos a Dios. ¿Ocupa esta práctica el primer lugar en su lista de prioridades? ¿Necesita usted el compañerismo de Dios? ¿Necesita su presencia?

En cierta ocasión, unos estudiantes me pidieron que me reuniera con ellos, y les hablara de la vida devocional. Accedí a su petición, y me fui a casa a leer en mi concordancia, la palabra “devoción”. Por fin encontré lo que buscaba bajo el encabezado de Juan 17:3: “Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el Único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado”. Este es uno de los mejores versículos de la Biblia sobre la comunión con él, y para que esto sea posible, tenemos que pasar con Él un tiempo en forma personal y privada. Lo cual nos lleva la cuarta revelación.

LA PARTICIPACIÓN CON OTROS

La vida devocional de la persona verdaderamente convertida, que entra en una relación estrecha con Dios, puede conducirla en una de dos direcciones: o ser maravillosa durante corto tiempo, y luego enfriarse; o conducirla a un compañerismo, a un amor, a una relación cada vez más intensa con él. ¿Qué hace la diferencia?

Saber que Dios no sólo quiere hablarnos y escucharnos mientras nos relacionamos, sino también obrar por medio de nosotros. Por lo tanto, esto se convierte en uno de los descubrimientos más emocionantes que puede hacer la persona. Aun si se ha convertido y se siente emocionada respecto al Evangelio, su comunión privada con Dios puede enfriarse si sólo termina allí. Tiene que participar en la TESTIFICACIÓN y en la SALVACIÓN de otros. En nueve de cada diez casos, la explicación de por qué se enfría la relación con Dios, aunque haya sido significativa por un tiempo, es la falta de participación.

El motivo principal por el cual Dios nos ha dado una obra que hacer en la proclamación del Evangelio, es beneficiarnos. El Señor quiere que disfrutemos del compañerismo, que es el resultado de ir y realizar la obra juntos.

LAS PRUEBAS DE LA VIDA.

Aun si usted ha experimentado una relación personal y emocionante con Dios, y quiere hablar de eso; aun cuando usted estudie la Biblia, ore y participe en el servicio, las cosas pueden salir mal. La historia de Job es un ejemplo extremo. Puede desanimar a cualquiera. Lo que puede sacar de quicio a una persona, es el hecho de haber entendido intelectualmente que el cristianismo se basa en una relación, más que en un comportamiento, pero que no lo ha entendido todavía con

todo su corazón. Esta extraña enfermedad de basarnos en nuestra conducta para estar seguros de nuestra salvación, no se descarta fácilmente. Hasta podemos creerlo mentalmente, pero no de corazón.

Muchas veces Dios permite algo terrible, una experiencia dura al principio de la vida del verdadero cristiano, para probarlo y ver si está en el camino por amor a Dios, o por otro motivo egoísta. Muchas veces acudimos a Dios por razones equivocadas. De manera que cuando pasamos de la condición laodicense a la del Evangelio, podemos volvernos dolorosamente conscientes, de que el techo puede venirse abajo.

La persona puede hasta caer y fracasar más, que si no fuera cristiana. El enemigo puede perseguirnos día y noche. Y uno piensa, “¿dónde está el poder de Dios?”. Quisiera sugerir que está actuando paralelamente, porque la generalidad de las personas, en la mayoría de los casos, cuando experimentan el verdadero reavivamiento y la verdadera emoción del Evangelio, descubren que todo les sale mal. Puede estar seguro de ello. Si, por el contrario, todo le sale bien, agradezca a Dios por la bonanza, porque la mayoría de las veces no será así.

Entonces, la pregunta crucial sería: ¿Va a seguir tratando de conocer a Jesús por medio de una relación personal, considerando lo mucho que Él ha hecho por usted, o va a tirarlo todo por la borda de una buena vez? Usted sabe lo que quiere el enemigo. Y muchas veces tiene éxito.

¿Se mantiene invariable nuestro amor a Dios, aun cuando todo se derrumba? ¿Sí, o no? En su gran amor, Dios quiere que descubramos esto.

¿No es una evidencia de su amor, que él quiere que lo descubramos, para que sepamos lo que realmente nos conmueve?

LA VOLUNTAD

El sexto descubrimiento es saber cómo actúa la voluntad, en el contexto de la Salvación. Sé que en general, este tema aún no está del todo cocinado, pero me gustaría asegurar que pronto figurará de un modo notable. Desde hace mucho tiempo, se nos ha dicho que estaríamos en constante peligro hasta que entendiéramos el papel correcto que desempeña nuestra voluntad en la vida cristiana, y que en virtud de ello, se podría efectuar un cambio completo en nuestras vidas. ¿Ha estudiado este tema? Todo tiene que ver con el asunto de si la santificación es solamente por fe, o no. Tiene mucho que ver, con el problema del esfuerzo humano y el poder divino. Creo que antes que terminemos el presente diálogo en la Iglesia, descubriremos que la gente puede estar impedida, de aceptar la premisa de que la justificación es sólo por la fe, pero que es duro sustraernos a la idea de que hay algo que podemos hacer, en algún punto, en el proceder la Salvación. Algunos pelearemos como perros, antes de ceder a la idea de que vivir la vida cristiana, y lograr la santificación, es hacerlo mediante la fe y las obras.

Si a estas alturas hemos escuchado discusiones intensas sobre la justificación, les aseguro que escucharemos otras más intensas todavía sobre la santificación. Es posible que en su mente, no esté aún claro lo que Dios enseña realmente concerniente a cómo funciona su voluntad, día tras día, en la vida cristiana; pero quiero pedirle, quiero invitarlo, quiero rogarle que estudie el asunto por usted mismo. Estará en constante peligro mientras no lo haga. ¿Por qué? Porque si no entiende correctamente cómo funciona su voluntad en el desarrollo de su vida cristiana, el enemigo tiene ya estudiado un método para desanimarlo, y provocar un cortocircuito en su relación con Dios. Estudie este asunto cuidadosamente.

Ahora bien, me doy cuenta de que sugerí un orden de ataque, que surge de la experiencia personal. También estoy dispuesto a admitir, que mi orden puede estar fuera de tiempo. En cierta ocasión, a mi viejo automóvil se le detuvo el motor. Descubrí que la correa se había averiado. Estaba

lejos de mi casa, por lo tanto el asunto era serio. Pero en el proceso de lograr que el motor arrancara, descubrí que es muy importante hacer las cosas en el momento oportuno.

Es posible que mi momento oportuno, en términos de conocimiento de la vida cristiana, y de la revelación o descubrimiento de las cosas del Evangelio, difiera del suyo. El momento oportuno en mi experiencia ha estado fuera de foco, particularmente en lo que se refiere a esto último. Debí haberlo experimentado mucho antes en mi vida, y sólo ha llegado a ser una hermosa realidad en los últimos dos años.

LA SEGURIDAD

La séptima revelación tiene que ver con la seguridad de nuestra salvación, es decir, la seguridad de que hemos estado en lo correcto desde el principio.

¡Qué diferencia hace esto en la vida del cristiano, en su andar con Dios, día tras día!

El versículo que viene a colación, particularmente en cuanto a la seguridad de la salvación, es el de 1 Juan 5:12: “El que tiene al Hijo, tiene la vida, el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida”.

¿Qué significa tener al Hijo? Significa tener una relación con Él. Yo tengo a mi esposa. Y me relaciono estrechamente con ella. Me trato con mis amigos, me relaciono con ellos. Así que tener al Hijo, es tener una relación, un trato, un compañerismo con él, y si es así, tenemos la vida, ahora mismo. No es asunto de esperar a ver si somos fieles, si nos comportamos bien. La tenemos ahora mismo.

¿Qué diferencia hace esto? Si este conocimiento llega temprano, y no tarde, a su vida, le traerá paz. Y según el libro “El Camino a Cristo”, la victoria proviene de la paz. Si estudio la vida y obra de Jesús, y la certidumbre de la salvación provista por él, y acepto esa seguridad, podré disfrutar de paz ahora mismo, en el momento en que me acerco a él. Y esta paz en sí misma es un elemento tremendamente transformador. ¿Ya lo ha descubierto? A veces llegamos a comprender esto muy tarde en la vida.

¿Por qué?

Supongo que por el hecho de haber estado expuestos a ciertos énfasis, a lo largo de nuestra historia y de nuestra subcultura. Temo que de alguna manera, sigamos pensando que no es correcto sentirnos seguros de nuestra Salvación.

Me atrevo a decirle, que usted seguirá teniendo luchas, a pesar de las revelaciones que haya experimentado. Sin necesidad de hacerle preguntas, puedo predecir que tendrá luchas mañana, y pasado mañana, y el próximo jueves, hasta que Jesús venga. Mientras Satanás reine en este mundo, mientras dure la vida, estaremos siempre en batalla. Pero indudablemente, es una buena noticia saber que Jesús ha hecho provisión, para que nuestro destino eterno esté asegurado. Ya está decidido. Y si somos fieles a Él, porque lo conocemos como nuestro mejor Amigo, podremos tener esta seguridad.

EL AMOR CONSTANTE DE DIOS.

Yo solamente he compartido con usted los siete descubrimientos (o revelaciones), más sobresalientes en mi vida. Actualmente, el Señor está trabajando con el octavo. Puedo adelantarme en qué consiste, puesto que Él se mantiene asegurándomelo siempre. Y es que el amor de Dios es constante. El amor de Dios nunca falla. Siempre está allí. Mi amor es imperfecto, inestable, muy variable, pero el suyo es constante, firme y seguro, y Él se mantiene recordándomelo. Nunca cambia; siempre es el mismo.

¿Está usted descubriendo esto? Y ¿sabe una cosa? Es ese amor, esa sublime realidad de la absoluta lealtad de Dios hacia aquellos por los cuales él murió para salvar, lo que finalmente nos conquistará. Ello nos hará tan absolutamente leales a Él, que ni siquiera pensaríamos en mirar hacia atrás durante toda la eternidad. ¿Lo cree usted? El amor de Dios que nunca cambia es algo que no puedo entender. A veces, cuando siento que más le he fallado y que más he caído, el Señor me da una oportunidad de testificar, en cuanto a los asuntos del Evangelio. Y yo digo: “Espera un minuto Dios. Alguien se ha quedado dormido en el conmutador. Tienes que esperar hasta que mi registro demuestre que he estado portándome bien, por lo menos una o dos semanas”. No, Él trata de decirme que está allí esperando, y que quiere obrar en mí, de nuevo, ahora mismo. Él anhela tener ese compañerismo conmigo, y me invita a tenerlo.

Amigo lector, sea lo que fuere que el Señor esté tratando de hacer en su vida, déjele actuar. Escuchemos con atención, y salgamos de Laodicea, para entrar en la emoción de lo que nos depara el Evangelio.